

LUIS MUÑOZ G.

UNAMUNO, LA BUSQUEDA DE LA UNIDAD

H E M O S querido iniciar estas notas sobre Unamuno con una conclusión. La soledad y el silencio lo llevan a la búsqueda de la unidad, a la integración de lo uno. Y ocurre que la sola mención de estos términos, soledad y silencio, puestos en relación con el nombre del pasional Unamuno pareciera una contradicción y no lo es.

Resulta difícil encontrar un hombre de una sola pieza puesto que el alma está llena de contradicciones. Y todavía más, cuando estas contradicciones se convierten en un problema constante, si se hace reflexión sobre ellas, entonces, se vuelven insolubles. Pero así y todo, se encuentre una solución o no, tenemos que contar y vivir con ellas; y lo importante es poder elevarse por encima de estas contradicciones, integrarlas en una unidad más plena. El camino para alcanzar esa unidad es la soledad y el silencio.

“Soledad, soledad, patria del alma...”, nos dice Unamuno en un poema, tal nos parece su refugio y su violencia. Pero, ¿qué soledad?, ¿soledad de qué? Por lo pronto diremos que Unamuno busca, pide el retiro y la soledad como punto de partida para su hacer y la búsqueda de la perfección; la base para un conocimiento de sí mismo; su finitud y su infinitud; su dentro y su fuera.

LA BUSQUEDA DE LA SOLEDAD.

Buscar la soledad como principio no significa tan sólo apartarse, trasladarse de un lugar a otro en el espacio. El hombre busca la soledad cuando se da cuenta de que él solo, como realidad única, debe enfrentarse a su situación en el mundo. Situación que no está dada ni hecha; situación que ha de ser y hacerse desde esa realidad de hombre solitario. Y decimos solitario en cuanto descubre en sí una posibilidad insatisfe-

cha, irrealizada. De ahí que soledad signifique en cierta medida nostalgia de algo, añoranza de algo a que aspiramos; y que anhelando ya lo consideramos como algo poseído en parte; y, en parte también, como posibilidad que se nos da, como objeto de esperanza. Esto se refiere, naturalmente, a la soledad interior, porque también se da la soledad exterior en cuanto a posibilidad material de aislarnos, casi siempre, sin embargo, fuera de nuestro alcance. Por ello se dice que esta soledad no se da en forma absoluta; estamos trabados unos con otros de tal modo que nuestro más leve suspiro puede tener resonancia cósmica. Sólo podemos hablar entonces de una soledad referida a algo o alguien en el momento en que nos retraemos a nosotros mismos y nos convertimos en objetos de nuestras reflexiones o de nuestro pensar, o, todavía más, en objeto de silencio. Y este aislamiento implica desde ese instante mismo, implica, un reconocimiento de ese algo o alguien como existente y con el cual tenemos que contar sin más.

La soledad se convierte así en búsqueda de la singularidad frente a la multiplicidad, del individuo frente a la muchedumbre, o como decía Unamuno: "Mi amor a la muchedumbre es lo que me lleva a huir de ella. Al huirla, la voy buscando"¹. Y más adelante agrega: "déjame que huya de la sociedad y me refugie en el sosiego del campo, buscando en medio de él y dentro de mi alma la compañía de las gentes"².

Así, esta soledad de los otros, de las gentes, se resuelve en Unamuno en una añoranza, en una nostalgia de los demás hombres: "Los hombres sólo se sienten de veras hermanos cuando se oyen unos a otros en el silencio de las cosas a través de la soledad". En la soledad, piensan los espirituales, se permanece cara a cara con el desnudo ser de las cosas; y esa desnudez de la realidad no es materia de terror ni de vergüenza, porque está vestida de la cortina del silencio, y el silencio está relacionado con el amor. De aquí que Unamuno quiera buscar a través de la soledad la hermandad de los hombres, su unidad:

"Sólo la soledad nos derrite esa espesa capa de pudor que nos aísla a los unos de los otros; sólo en la soledad nos encontramos; y al encontrarnos, encontramos en nosotros a nuestros hermanos en soledad. Créeme que la soledad nos une tanto cuanto la sociedad nos separa. Y si no sabemos querernos, es porque no sabemos estar solos" . . .³.

Estas afirmaciones, que parecen estar todavía en el tono paradójico que caracteriza su estilo, nos revelan, sin embargo, algo que es una constante de la problemática unamuniana: la idea de que una persona viva debe, a la vez, volver sobre sí misma y abrirse al exterior hacia "el otro"; la conciencia de la vida no existe sino por ese doble movimiento antitético

hacia sí mismo y hacia el otro, hacia la interioridad y hacia la exterioridad⁴. Y ya hemos dicho que esta soledad es para Unamuno una búsqueda de la singularidad, una búsqueda del yo, por lo pronto. He aquí cómo la expresa él mismo:

“No hay más diálogo verdadero que el diálogo que entablas contigo mismo y este diálogo sólo puedes establecerlo estando a solas. En soledad, y sólo en soledad, puedes conocerte a ti mismo como prójimo; y mientras no te conozcas a ti mismo como a prójimo, no podrás llegar a ver en sus prójimos otros vos. Si quieres aprender a amar a los otros recógete en ti mismo”⁵.

En relación con este mismo pensamiento debemos recordar su ensayo “¡Adentro!”. Allí nos dice: “sal pronto de ahí y aíslate por primera providencia; vete al campo, y en la soledad conversa con el Universo si quieres, habla a la congregación de las cosas todas . . .”⁶. Pues bien, este movimiento de recogerse sobre sí mismo, de reconcentrarse, de aislarse, es una constante en don Miguel, y que importa señalarla por cuanto nos revela con vivísima imagen su verdadera añoranza, su nostalgia por la unidad; y el hombre agónico que lleva Unamuno quiere que sea un yo enorme que lo abarque todo sin dejar de ser él. Este es el sentido del retiro que pide Unamuno, el sentido también de ese “chapuzarse en Naturaleza” para regresar y ser sociedad. Tal es la contradicción unamuniana señalada tantas veces ya por la crítica. Contradicción aparente, decimos nosotros.

“Ahora corre al campo, y vuelve luego a la sociedad para vivir en ella; pero de ella despegado, desmundanizado. El que del mundo huye sigue del mundo esclavo, porque lo lleva en sí; sé dueño de él, único modo de comulgar con tus hermanos en Humanidad. Vive con los demás sin singularizarte, porque la singularidad exterior en vez de preservarla, ahoga a la interna. . .”⁷.

Siguiendo los bandazos del pensamiento agónico de Unamuno hemos llegado a observar una distinción importante y decididamente hispánica. La distinción de un “dentro” y un “fuera”. Hay, pues, una búsqueda de la singularidad, pero ésta ha de ser interior y no externa, nada de exhibicionismos: “Haz lo que todos hagan, poniendo al hacerlo todo tu espíritu en ello, y será cuanto hagas original por muy común que sea”.

¿Cómo entender entonces esta contradicción, “sólo en sociedad te encontrarás a ti mismo: si te aíslas de ella no darás más que con un fantasma de tu verdadero sujeto propio. Sólo en la sociedad adquieres tu sentido todo, pero despegado de ella”?; ¿cómo entender esta contradicción, cuando antes nos ha pedido retiro, aislamiento, apartamiento

de las gentes, de sus hermanos, para amarlos más? ¿A que llama sociedad, Unamuno, entonces?

Estamos de lleno en el pensar antitético de Unamuno, y la respuesta la encontraremos en su propio decir. En su ensayo "Civilización y cultura"⁸, encontramos esta respuesta que requerimos:

"No tiene sentido alguno racional el preguntar si es la sociedad para el individuo o éste para aquélla, porque yo soy sociedad y la sociedad es yo".

Y más adelante agrega:

"el mundo y la sociedad son para mí [puesto que apunta a su conciencia]; pero yo soy sociedad y mundo, y dentro de mí son los demás y viven todos. La sociedad es toda en todos y toda en cada uno".

Ya vamos viendo que soledad no es sólo la búsqueda de sí mismo y la nostalgia de los demás, sino que la integración unitaria, cósmica, en un dentro, para serlo todo y no quedar reducido a fantasmas o apariencia ilusoria. He aquí la exigencia máxima:

"Reconcéntrate para irradiar, deja llenarte para que rebases luego, conservando el manantial. Recógete en ti mismo para mejor darte a los demás todo entero e indiviso: "Doy cuanto tengo", dice el generoso. "Doy cuanto valgo", dice el abnegado. "Doy cuanto soy", dice el héroe. "Me doy a mi mismo", dice el santo; y di tú con él, y al darte: "Doy conmigo el Universo entero". Para ello tienes que hacerte Universo, buscándolo dentro de ti. ¡Adentro!"⁹.

Pareciera que en Unamuno, la soledad, la ansiada soledad, coincidiera con la unidad del Universo. Esto es, un despegamiento de los hombres y del mundo social para reencontrarlo y elucidarlo en sus esencias. Soledad donde las cosas y los seres son lo que son, y no según nuestros intereses. Pero no es ésta la soledad de Unamuno, al menos en los textos que venimos examinando. El nos habla de un 'para', siempre un 'para' su conciencia. La sociedad y los hombres y las cosas son 'para' él, en sentido direccional e intencional. Esta es la diferencia fundamental del espiritual Unamuno de los espirituales místicos.

Pero insistamos hasta donde nos lleva esta búsqueda unamuniana. Nos dice en su ensayo "Soledad", citado ya más arriba:

"Me acusas de que no me importa ni interesan los afanes de los hombres. Es todo lo contrario. Lo que hay es que estoy convencido de que no hay más que un solo afán, uno sólo y el mismo para los hombres todos, y nunca lo

siento y lo comprendo más hondamente que cuando estoy más solo. Cada día creo menos en la cuestión social y en la cuestión política, y en la cuestión estética, y en la cuestión moral, y en la cuestión religiosa, y en todas esas otras cuestiones que han inventado las gentes para no tener que afrontar resueltamente la única cuestión que existe: la cuestión humana, que es mía, y la tuya, y la del otro, y la de todos"¹⁰.

De este modo ascendemos a lo medular de la soledad unamuniana: la cuestión humana, "la cuestión de saber qué habrá de ser de mi conciencia, de la tuya, de la del otro y de la de todos, después de que cada uno de nosotros muera". Y agrega: "Todo lo que no sea encarar esto, es meter ruido para no oírnos. Y he aquí por qué tememos tanto a la soledad y buscamos los unos la compañía de los otros".

Ir a la soledad, pues, va significando para Unamuno —en el examen que hacemos de sus escritos—, significa un encararse consigo mismo, un encontrarse en la interioridad de la conciencia. Y este encontrarse consigo mismo lo lleva a la nostalgia del querer ser eternamente, ser uno y todo a la vez. Tal es la lucha, el dolor trágico de Unamuno. Soledad o dolor de querer eternidad para su yo único y totalizador. Pero hay algo más, también habremos de observar que a veces, no pocas, apetece una entrega de sí a la fluidez del vivir intrahistórico, intraconsciente; y otras veces, la entrega a Dios simplemente, en soledad y silencio.

Así también esta soledad es "el secreto de la vida"¹¹.

"Todos llevamos nuestro secreto, sepámoslo o no, y hay un mundo oculto e interior en que todos ellos se encuentran, desconociéndose como se desconocen en este mundo exterior y manifiesto. Y si no es así, ¿cómo te explicas tantas misteriosas voces de silencio que nos vienen de debajo del alma, de más allá de sus raíces?".

El secreto une a los hombres:

"El que te adivine tu secreto, ni tiene más que mirarte y habrás de hacerte amigo de él. Y en él buscarás refugio. Y será a quien más cuidadosamente le celes tu secreto. ¿Para qué revelárselo, si te lo ha adivinado? Y al que no te lo adivine, es inútil que se lo reveles, porque no te lo entenderá a derechas y sobre todo, no te lo creerá tal cual es".

Pero la verdadera razón de esta incomunicabilidad expresiva se debe a que "el secreto, el verdadero secreto, es inefable, y en cuanto lo revestimos de lenguaje, no es que deje de ser secreto, sino que lo es más aún que antes". De aquí que para Unamuno la única manera de llegar al prójimo sea a través de la intuición poética y de la palabra viva¹².

No termina aquí, sin embargo, el pensamiento de Unamuno, en el mismo ensayo continúa:

“No nos es hacedero de ordinario conocer el secreto especial y propio de nuestro prójimo (puesto que es inefable), su ansia propia, su tribulación suya, la congoja que le atormenta o el gozo oculto que no puede revelar, la pasión que le consume o le acrecienta, el anhelo que persigue en su corazón; pero lo que sí podemos conocer es la raíz común a los secretos todos de los hombres, el secreto de nuestros sendos secretos, el secreto de la Humanidad. Toma distintas formas en cada alma, y estas formas no son secretas, pero sus sustancia última y eterna es siempre la misma”.

Esta es la búsqueda de Unamuno. La búsqueda o la nostalgia, su soledad que no es negación de los demás, sino el encuentro por la raíz. Pero ¿cuál es este secreto general, el que es sustancia de los otros?, nos dice:

“El secreto raíz de que todos los demás brotan, es el ansia de más vida, es el furioso e insaciable anhelo de ser todo lo demás sin dejar de ser nosotros mismo, de adueñarnos del Universo entero sin que el Universo se adueñe de nosotros y nos absorba; es el deseo de ser otro sin dejar de ser yo, y seguir siendo yo siendo a la vez otro; es, en una palabra, el apetito de divinidad, el hambre de Dios”.

Posteriormente en *Del sentimiento trágico*, al referirse a “el hambre de inmortalidad” vuelve decididamente el ojo de la agonía a lo que él llama la única cuestión que importa, la cuestión humana:

“Más, más cada vez más; quiero ser yo, y sin dejar de serlo, ser además los otros, adentrándome la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo. De no serlo todo y por siempre, es como si no fuera, y por lo menos ser todo yo, y serlo para siempre jamás. Y ser todo yo, es ser todo lo demás. ¡O todo o nada!”¹².

En el mismo párrafo que citamos, más adelante sigue:

“este anhelo; la sed de eternidad es lo que se llama amor entre los hombres, y quien a otro ama es que quiere eternizarse en él. Lo que no es eterno tampoco es real”.

Tal es el grito de Unamuno; grito surgido desde su intimidad, desde la interioridad de su conciencia: surgido desde su soledad. Soledad que, como ya hemos dicho, no es negación. Soledad que quiere, que busca

coincidir con la unidad del cosmos. Soledad que es ansia, anhelo o nostalgia de ser eternamente uno y todo en la infinitud de su limitación.

Antes habíamos dicho que esta coincidencia entre la soledad y la unidad cósmica pareciera una inspiración mística suprema. Pero no lo es. El enorme yo de Unamuno, su insaciable y desmesurado yo, que lo quiere todo para sí mismo, se lo impide. La soledad de Unamuno no puede ser así una soledad objetiva y concreta, en el sentido de una comunión con algo más grande que el mundo. Para él, al contrario, allí en sí mismo, en su conciencia, en su yo, busca la eternización y la integridad universal. De ahí su lucha por más vida, su lucha consigo mismo, puesto que en su alma está la contradicción, y no ha buscado el silencio para superarla, sino que desde su soledad ha querido encontrar su misión de incitador de la humanidad; misión de despertar a sus hermanos en humanidad. Sus escritos son así, vistos desde este ángulo nuestro, la mostración de los distintos aspectos de su contradicción fundamental.

Pero debemos insistir en este aspecto de la soledad de Unamuno. Hemos hablado de contradicción. Todo hombre lleva en su alma contradicciones. Se trata de armonizarla en una visión más alta, hemos dicho también, puesto que no se pueden resolver todas. ¿Qué es lo que ocurre en Unamuno? Seguramente ansió y buscó esa armonía, ciertamente lo veremos más adelante. Pero también se dejó llevar por su arrebató, por la violencia de su carácter. Afirmó extremadamente la vida del sentimiento, llegando a negar el valor de lo racional. Y él, que se llamaba a sí mismo un espiritual frente a lo que consideraba su opuesto el intelectual, no llegó a integrar armoniosamente la razón con el sentimiento. Y se empeñó en afirmar sólo su realidad cordial, la 'cardíaca' como solía decir.

LA INTRAHISTORIA DE SU PASIÓN.

Hasta aquí hemos venido mostrando cómo de la soledad saca Unamuno su postura de luchador anhelante y su misión de incitador de las conciencias humanas. Esta es su actitud más conocida, desde donde fue creciendo el mito de Unamuno y que se fusionó con su realidad. Intentaremos ahora mostrar otro aspecto de la personalidad de Unamuno, de esta personalidad con que tropezamos constantemente en su escrito. Hay en esta búsqueda de soledad otro aspecto, hay una entrega al fluir vital intraconsciente y eterno. Ocurre esto paralelamente al luchador, cuando deja de pensar en cómo vivir y empieza a vivir

simplemente. En esta otra postura vital se perfila una condición del solitario distinta a la que hemos mostrado. Se cumple esta condición, decíamos, cuando deja de preguntarse cómo va a vivir o qué va a ser de él después de la muerte; qué va a ser de su conciencia; y comienza a vivir solo en soledad, lo que no ocurre siempre y por lo cual no siempre es un solitario que aspira a la armonía en paz y orden.

“No te empeñes en regular tu acción por tu pensamiento —le dice a su interlocutor—; deja mejor que aquélla te forme éste. Vas saliendo de ti mismo, revelándote a ti propio, tu acabada personalidad está al fin y no al principio de la vida; sólo con la muerte se te completa y corona. El hombre de hoy no es el de ayer ni el de mañana, y así como cambies, deja que cambie el ideal que de ti propio te forjes. Tu vida es, ante tu propia conciencia, la revelación continua, en el tiempo de la eternidad, el desarrollo de tu símbolo; vas descubriéndote conforme obras. Avanza, pues, en las honduras de tu espíritu, y descubrirás cada día nuevos horizontes, tierras vírgenes, ríos de inmaculada pureza, cielos antes no vistos, estrellas nuevas y nuevas constelaciones. Cuando la vida, es honda, es poema de ritmo continuo y ondulante”¹⁴.

Así, pensamiento y vida se hacen uno solo; y todo es unidad y paz. Resulta revelador el cambio de estilo de Unamuno cuando se nos muestra esta otra búsqueda. Recordemos en el párrafo recién citado, cómo la alusión al paisaje conlleva un mundo interior riquísimo y nuevo. Blanco Aguinaga ha distinguido ya en la personalidad de Unamuno un doble aspecto¹⁵: el activo y agonista, y el contemplativo en un estudio enriquecedor para el conocimiento y comprensión de este extraordinario solitario y que hoy recordamos después de los cien años desde su nacimiento.

Decíamos que cuando pensamiento y vida se hacen uno, todo está en unidad y paz, en orden. La expresión de Unamuno —en el texto citado— es de una certeza y penetración enormes a este respecto: “cuando la vida es honda, es poema de ritmo continuo y ondulante”. Poema, decimos nosotros, poema en cuanto creación verdadera y nueva. Pero sigamos el hilo del pensamiento unamuniano, continua en la exhortación:

“No encadenes tu fondo eterno, que en el tiempo se desenvuelve, a fugitivos reflejos de él. Vive al día, en las olas del tiempo, pero asentado sobre la roca viva, dentro del mar de la eternidad; al día en la eternidad es como debes vivir”¹⁵.

Llegado a este punto, creemos necesario referirnos al silencio, ese

aliado permanente de esta soledad unamuniana y de toda soledad verdadera; y de esta soledad que es entrega y reposo, negación de sí, del yo enorme y tormentoso. ¿Cómo se armonizan estos aspectos que señalamos en la soledad, en la personalidad, de nuestro poeta?

Un poema de su libro *Rosario de sonetos líricos*, "La unión con Dios"¹⁷, nos ilustra fehacientemente este conflicto unamuniano y sus dos vertientes expresivas:

Querría Dios, querer lo que no quiero;
fundirme en Ti, perdiendo mi persona,
este terrible yo por el que muero
y que mi mundo en derredor encona.

Si tu mano derecha me abandona,
¿qué será de mi suerte? Prisionero
quedaré de mí mismo; no perdona
la nada al hombre, su hijo, y nada espero.

"¡Se haga tu voluntad, Padre! repito,
al levantar y al acostarse el día,
buscando conformarme a tu mandato,
pero dentro de mí resuena el grito
del eterno Luzbel, del que quería
ser, de veras, ¡fiero desacato!

En este poema podemos distinguir esa soledad que anhela más vida en sí mismo, en su yo; que se hace tormentosa y misionera al querer despertar a los otros hombres a la misma inquietud, por una parte. Y de otra parte, podemos también apreciar esa soledad que es interior y espiritual; soledad que es esfuerzo para liberarse de los deseos, cuidados e intereses de una existencia temporal y mundana:

"¡Se haga tu voluntad, Padre! repito,
al levantar y al acostarse el día,
buscando conformarme a tu mandato,
pero dentro de mí resuena el grito
del eterno Luzbel, del que quería
ser, de veras, ¡fiero desacato!"

Pues bien, entre estos dos polos del querer unamuniano: la entrega de sí, en cuanto negación de su yo tremendo, a lo uno que garantizará su propia individualidad; y la afirmación desesperada de su yo, queriendo desde él alcanzar la perfección y la totalidad. Entre estos dos polos, alternando, se mueve y se hace la persona y la obra poética de Unamuno.

SOLEDAD Y SILENCIO.

Al comienzo de nuestro trabajo hicimos mención del poema "Soledad"¹⁸. Toda la primera parte del poema, podemos decir, es como una definición poética de lo que en el poeta es la soledad. Esta vez situado definitivamente en su ansia y espera de eternidad divina. Es como un grito que brotara libremente, anhelo puro, desde las raíces.

"Soledad, soledad de soledades
sueño de eternidad de las edades,
soledad!"

La segunda parte del poema es una exposición ascensional de lo que significa esta soledad; y a través de ella van apareciendo una serie de imágenes repetidas una y otra vez para expresar la inmutabilidad en el fluir, en aquello que se le da por eternidad. Y aquí al término, nos dice

"Silencio y soledad son dos hermanos
que cruzando sus dos pares de manos
nos llevan en cruz, cuna de vida
a sepultarnos en la eternidad".

Más arriba, al precisar el sentido de soledad, decíamos que la soledad verdadera exige una objetivación, la comunión con algo más grande que el yo u otro yo, más grande que el mundo, como el Ser mismo, para encontrar la paz profunda, allí donde pueda aquietarse nuestro corazón. Y he aquí que el silencio se convierte en un aliado de la soledad. Nada puede haber entre nosotros y las cosas, las palabras no son necesarias para la comunicación más directa. Es necesario estar cara a cara, como al desnudo, con el ser de las cosas. Pero veamos cómo lo expresa Unamuno:

"Los hombres sólo se sienten de veras hermanos cuando se oyen unos a otros en silencio de las cosas a través de la soledad"¹⁹.

Lo que Unamuno dice en relación con los hombres, se puede decir respecto de la realidad toda desde el punto de vista de la contemplación mística. Decíamos también anteriormente que este silencio está relacionado con el amor, puesto que el silencio nos enseña a conocer a nuestros semejantes como hermanos; el silencio enseña a conocer la realidad como es, porque ya no hay intermediarios, ya no es neces-

rio la palabra como medio de comunicación. Por el silencio empezamos a respetar la realidad, empezamos a respetar a nuestros hermanos, empezamos a amarlos.

¿Habrán alcanzado este grado de silencio nuestro poeta, si como vemos ha logrado atisbarla, intuirlo? No lo sabremos con seguridad, nos nos atrevemos a dar una respuesta afirmativa del todo.

“Lo mejor sería que no hiciéramos sino monologar, que es dialogar con Dios hablarle a Dios; rezar día tras día y momento tras momento; cada uno con nuestra oración, y que nuestras sendas oraciones fueran fundiéndose en una, según ascendían hacia Dios, y al llegar a sus oídos eternos e infinitos no fueran más que una sola oración, el eterno monólogo de la pobre Humanidad dolorida. Y de allí, del seno de Dios, nos vuelve la oración humana; la voz de Dios en nuestro corazón, el eco del silencio sosegado, no es más que la voz de los siglos y de los hombres. Nuestra vida íntima, nuestra vida en soledad, es un diálogo con los hombres todos”²⁰.

y agrega ya sin poder apartarse de esta visión:

“De la misma manera, la pobre flor que envía al cielo, evaporado, el rocío que del cielo recibiera, vuelve a recibir de nuevo gota celeste de las aguas todas que de todos las flores subieron al cielo”.

¿Podemos decir ahora que esta forma de concebir el amor humano, emparejado al de Dios, haya sido sólo un anhelo en el solitario de Salamanca? Pensamos que todo el vocerío de don Miguel era como el oleaje de esta eternidad del amor que recibió como “el rocío del cielo”. Y tal vez él mismo pensó que si pudo conocer el mundo en silencio, entonces las palabras ya no le separaban de sus hermanos ni de Dios.

Si pensamos a Unamuno como poeta como hasta aquí hemos venido considerándolo, podemos decir que sus palabras son nueva creación, puesto que habiendo vivido a solas con las cosas, y la realidad, esa realidad española de su época, el amor con que se puso en contacto con ella, le fue enseñando un lenguaje que podía contener esa realidad justamente. Por esta vía también llegamos al problema del lenguaje y que ha sido tratado ya por Blanco Aguinaga, quien nos dice al respecto:

“Y es que en el fondo el problema de la comunicación es el de la correspondencia entre el mundo de dentro y el mundo de fuera; por dentro la realidad inefable y real, por fuera; la apariencia de esta realidad, siempre encerrada en moldes. Y así como para lograr el lenguaje poético, el único que comunica algo auténtico y personal hay que intentar la destrucción del lenguaje comunal y racional, para que salga a la superficie la realidad inte-

rior, la unicidad dramática de cada momento del alma, para que el hombre se comuniqué con sus prójimos en el mundo de fuera, el diálogo social estorba: tiene el hombre que sacar al mundo de fuera su dentro personal, el monólogo de su alma desnuda. Y tiene que sacarlo fuera desafiante, para romper cortezas y costumbres y que el prójimo con el ejemplo, se atreva también a desnudar su alma"²¹.

No es, sin embargo, objeto de nuestra atención el lenguaje de Unamuno, el problema que él implica. No, en este momento. Sólo señalamos su vertiente por donde se nos escapa el Unamuno agónico, luchador y misionero. Pero sí es importante señalarlo por cuanto así entenderemos lo que es poesía y poeta para Unamuno, y su afán de perpetuidad.

Pero volvamos al silencio del que veníamos hablando, aquel hermano de la soledad. Unamuno nos decía que "la voz de Dios en nuestro corazón, el eco del silencio sosegado, no es más que la voz de los siglos y de los hombres". Algo similar encontramos en su ensayo "¡Adentro!":

"El silencio que en son de queja me dices que te rodea, es un silencio solemne; sobre él resonarán más limpias tus palabras".

Creemos ver en estas citas una forma de concebir el amor, puesto que el silencio implica aquí un querer hablar para darse y no sólo la ansiedad de ser oído; cosa que le ocurre, por otra parte, con bastante frecuencia a Unamuno. El silencio así se hace aceptación y comprensión, armonía del cosmos.

En su poema "La Cigarra"²² encontramos este mismo pensamiento expresado en imágenes poéticas de gran plasticidad. Pensamiento que rebasa lo que puede considerarse como una teoría romántica del silencio según piensa Blanco Aguinaga; puesto que no se trata tan sólo de la comunicación por medio del silencio, sino más bien una integración armónica de todo lo creado, respetándose la individualidad de cada ser y de cada cosa. En cambio, podemos decir sí, que lo específicamente romántico en Unamuno vendría a ser su afirmación rebelde del "yo" para ser desde sí todo lo demás, modalidad que interpretamos como una corriente contraria y contradictoria, de modo que podríamos afirmar una actitud antimística, para usar otro término en la reiteración del dualismo alternante y antitético del querer ser.

La petición de unidad que hace el poeta en el poema "La Cigarra", la exhortación a que integre su canto al coro universal, viene a ser una transposición por el lenguaje del propio anhelo, en sencilla y hu-

milde consideración de sí mismo, frente a la inmensidad de lo creado. De ahí también el tono exhortativo que emplea, del mismo modo como hace en sus ensayos donde, monologando, se desdobra en el expositor y el interlocutor.

*¡Canta cigarra, canta sin descanso,
une tu voz monótona y sencilla
al coro universal hondo y solemne,
lleva tu pobre nota repetida
al concierto sinfónico del mundo;
canta cigarra, canta en la campiña,
de tu efímero paso por la tierra
el siempre vivo amor;*

*Vierte tu nota, que aunque pobre es tuya,
en el inmenso coro de los seres,
déjala sin pesar que en el se pierda
como en el mar inmenso gota leve...
déjale, porque es vida soberana,
es más profundo ser el de esa muerte;
y así al amor universal y eterno
confluirá tu amor!*

Observemos aquí, en esta estrofa, la insistente imagen unamuniana de la entrega "al mar inmenso" que 'el ser de esa muerte es el más profundo'. Aquí, como en otras ocasiones, el mar es símbolo —en la trayectoria manriqueña— de la muerte. Pero notemos el matiz que alcanza ahora; es cierto que es una muerte, pero sólo en cuanto fusión de lo individual en lo universal; y también es el amor eterno.

Más adelante en el mismo poema, insiste Unamuno en la unicidad del canto de la cigarra, en el ser irremplazable y único:

*Tus dichas sólo tú puedes cantarlas,
sólo de ti pueden brotar tus notas;
más altas las habrá, más penetrantes,
más dulces y más puras, más sonoras,
más ricas y variadas, más intensas,
serán mejores, pero serán otras;
lo que tú cantes en tu pobre lengua,
otra no cantará.*

Y luego, la misma imagen en una variación representativa de las que comentábamos anteriormente a propósito de su ensayo "Soledad", lo que era para él "la voz de Dios", ahora en el plano de la música de las esferas:

*De la tranquila y cristalina esfera,
cual si brotara desde el cielo mismo,
de júbilo triunfal baja la nota
con que a la luz la alondra eleva su himno
de vida y de victoria; voz celeste
que rompiendo briosa en estallido
de vida que desborda, en alegría
nos hinche el corazón*

*A su conjuro de la tierra sube
yendo a su encuentro, tu cantar humilde,
tu monótona endecha cual antifona
en que la tierra al cielo su amor dice;
desde la mies tu rústico estribillo
alzas, cigarra, cuando el sol se extingue,
cuando la alondra calla, alzas la endecha
de la resignación*

Tal es la imagen de la confluencia amorosa con que el poeta imagina la armonía cósmica, como la oración en el referido ensayo. Y así, todo el poema que venía objetivándose en el motivo del canto de la cigarra, encuentra el eco en el corazón del poeta:

*Prestando el corazón atento oído,
escucha mi alma, recogida escucha
el coro universal de acción de gracias
que elevan en común las criaturas...*

Y este “*tedéum* solemne a todo orquesta / al cual sumisa la cigarra aduna / la monótona endecha en que nos dice / su dicha de vivir!” entran todos los seres. Es necesario hacer resaltar cómo lo musical se funde con la oración, pasando por el coro, concierto sinfónico, *al tedéum*, donde

*Hasta los seres que en silencio viven
unen al coro su silencio mismo,
silencio en que las voces repercuten
y se esfuerzan como en eco vivo,
voz de la eternidad que hace viables
las voces que en el tiempo con ruido,
corren hasta perderse en el silencio
allá en la eternidad*

Y ahora, ese “mar” que situamos en la tradición manriqueña adquiere otra significación: ahora es la eternidad. Pero este fluir hacia

el mar no es la negación, no es la anulación de lo individual y diferencial, es la integración a una unidad superior. Unidad que, como Fray Luis de León, la imagina una "sinfonía".

*que inmóvil vive en el silencio eterno,
la misteriosa música divina
de donde emana cual de fuente augusta,
encarnando en las voces de la vida,
el coro universal que alzan los seres
a la eterna Bondad*

Aunque parezca extraño, la asociación de Fray Luis no podemos evitarla, puesto que el pensamiento de Unamuno nos trae el eco de esa "inmensa cítara" que es el mundo en la concepción poética luisiana.

Y siguiendo el poema de Unamuno, podemos observar cómo, una vez más, repite la imagen, como en una cuarta variación de sí misma; la imagen de este confluir amoroso, sólo que ahora, en la amplificación, quisiera abarcar toda la existencia:

*las infinitas voces de los mundos;
bogan por un momento en los espacios,
bañándose en el Sol radiante y puro,
y luego en vasta lluvia de sonidos
vuelven al vasto abismo siempre mudo
vuelven en lluvia armónica y cuajada
a perderse en el mar*

Hay que insistir, tal vez, en que el sentido que toma aquí el verbo 'perderse' es el de la entrega, entrega por el amor, ocultamiento para alcanzar una realidad más alta. Y así, en la estrofa siguiente, el poeta va precisando, verso a verso, la significación del término 'mar'

*En el mar del silencio soberano,
en el mar de la música celeste,
en el mar insondable y sin riberas,
en el mar, que es el fondo permanente
de donde surgen y en que caen las voces
del Universo todo; en que a perderse,
pobre cigarra, va tu voz rendida...
como gota en el mar*

Cuatro referencias sucesivas al mar con sus determinaciones que hacen trascender el mero significado objetivo del término; en cuanto símbolo, que el poeta viene trabajando desde la segunda estrofa, alcanza su cima aquí: “el mar insondable y sin riberas”, “que es fondo permanente / de donde surgen y en que caen las voces / del Universo todo”. Su significación no puede ser otra que una representación de la vida eterna, y más todavía, puesto que el poeta nos habla en la estrofa siguiente de “el seno / de la divina Esencia”. Y para insistir todavía en que esta entrega no es la negación, o mejor, la nulidad de lo individual, le dice a la cigarra:

*No se anulan por siempre tus canciones
aunque perdidas en el mar inmenso;
de átomos se compone el infinito,
la eternidad de instantes, y en el seno
de la divina Esencia en que palpita
la música de que es pobre reflejo
el canto de los orbes, tus querellas
bajan a reposar*

¿Puede haber otro sentido a esta visión armónica y unitaria del cosmos, y del lugar distinto y diferente de cada ser que lo integra? Naturalmente se nos ha asociado el pensamiento de Fray Luis, con las diferencias correspondientes, y por allí el pensamiento neoplatónico, sobre todo por la lectura de esta estrofa. Así y todo no se trata más que de simples asociaciones que enfilan la trayectoria poética de España; y el poema que comentamos está desde luego en el contexto de su obra total.

Termina el poema con una vuelta al comienzo; esto es, con la exhortación a la Cigarra:

*¡Canta, cigarra, canta sin descanso,
vierte tu nota, que aunque pobre es tuya,
en el coro sin fin de las edades;
viértela resignada a tu fortuna;
déjala que se pierda en el océano
a que enriqueces con tu nota ruda;
canta tus ansias, canta tus amores,
cántalos sin cesar!*

Esta visión de la unidad y de la integración a ella puede llevarnos a la consideración de que Unamuno llega a pensar, a veces, que todo, el mundo todo descansa en una armonía secreta. Lo que en un sentido cristiano corresponde efectivamente a la contemplación, que ve a lo

divino en todos los seres. Y así también es una forma de conocimiento, pero desarrollada desde el amor. El poema, "La Cigarra", nos ha revelado de algún modo esta modalidad del pensar unamuniano, que no es el predominante sin duda, pero que es tan suya como el sentimiento trágico de la vida.

LA BÚSQUEDA DE DIOS EN SILENCIO Y SOLEDAD

Siendo, pues, la contemplación una visión que descansa en el objeto, es también una especie de recepción silenciosa y solitaria de la realidad. Ella exige, entonces, un respeto por los seres y cosas como son en sí, puesto que el punto de partida es el amor, la entrega.

En el poema que Unamuno titula "En el desierto"²³, podemos observar esta apetencia de soledad para permanecer cara a cara con Dios. Se inicia el poema con una estrofa exclamativa que lleva una valoración de la vida en soledad:

*Casto amor de vida solitaria,
rebusca encarnizada del misterio,
sumersión en la fuente de la vida
recio consuelo*

El impulso anheloso que expresa la exclamación, el ansia del origen de la vida, lleva al poeta, como en los místicos, al apartamiento de los seres y de las cosas del mundo, no en una actitud negativa, sino que en la capacidad de centrarse en el objeto de su búsqueda en soledad: Dios.

*Apartaos de mí, pobres hermanos;
dejadme en el camino del desierto,
dejadme a solas con mi propio sino,
sin compañero*

El hombre ama la soledad cuando se da cuenta de que es solo, como realidad única, que quiere y busca su realización. Ya ha descubierto una posibilidad insatisfecha, de ahí la exclamación y el tono exhortativo. Se trata aquí de una posibilidad irrealizada, pero abierta a una consecución:

*Quiero ir allí, a perderme en sus arenas
solo con Dios sin casa y sin sendero,
sin árboles, ni flores, ni vivientes,
los dos señeros*

Quiere el poeta la comunión con algo que es más que el mundo de las cosas y de los seres, algo más grande, el Ser mismo. La soledad se objetiva entonces:

*En la tierra yo solo solitario,
Dios solo y solitario allí en el cielo,
y entre los dos la inmensidad desnuda
su alma tendiendo*

Y allí, en la soledad y silencio del poeta y de Dios, surge la palabra, la palabra en secreto, que ya no rompe el silencio, puesto que lo que desea es el consuelo:

*Le hablo allí sin testigos maliciosos,
la voz herida le hablo y en secreto,
y Él en secreto me oye y mis gemidos
guarda en su pecho*

*Me besa Dios con su infinita boca,
con su boca de amor que es toda fuego,
en la boca me besa y me la enciende
toda en anhelo*

La imagen bellísima de Unamuno en estas estrofas, es de una concreción tan recia y humana que no necesita comentario alguno. Es el climax del poema, como también del pensamiento total que nos comunica. Notemos, aunque sea de paso, el uso de la repetición insistente que, a la vez que remansa la imagen de la unión amorosa, ahonda también el sentido del ansia unamunesca: 'le hablo allí...'; 'la voz herida le hablo...'; 'su infinita boca', 'con su boca de amor', 'en la boca me besa'.

El resto del poema es el regreso de la cumbre, y de nuevo la búsqueda anhelante:

*Y enardecido así me vuelvo a tierra,
me pongo con mis manos en el suelo
a escarbar las arenas abrasadas,
sangran los dedos,*

*saltan las uñas, zarpas de codicia,
baña el sudor mis castigados miembros,
en las venas la sangre se me yelda,
sed de agua siento,*

*de agua de Dios que el arenal esconde,
de agua de Dios que duerme en el desierto,
de agua que corre refrescante y clara
bajo aquel suelo;*

*del agua oculta que la adusta arena
con amor guarda en el estéril seno,
de agua que aun lejos de la lumbre vive
llena de cielo*

Estas cuatro estrofas, que constituyen una unidad, mantienen la intensidad expresiva, y nos hacen vivo el anhelo del poeta, su "sed de agua de Dios", es decir de eternidad.

El agua es aquí, como en muchos poemas y en la obra total de Unamuno, símbolo de eternidad, de vida eterna, y también de la tradición. Pero al mismo tiempo es necesario dejar constancia de la reciedumbre y fiereza del anhelo patentes en la imagen de escarbar las arenas con la desesperación del sediento. De tal modo que confluyen aquí los dos aspectos del querer unamuniano, sus dos alternantes actitudes en cómo aspira a eternizarse, realizarse como persona.

Pero en el poema prima el deseo de unión y de entrega:

*Y cuando un sorbo, manantial de vida,
me ha revivido el corazón y el seso,
alzo mi frente a Dios y de mis ojos
en curso lento*

*al arenal dos lágrimas resbalan,
que se las traga en el estéril seno,
y allí a juntarse con las aguas puras,
llevan mi anhelo*

El poema debió terminar aquí, pero el poeta creyó quizá que era necesario recordarlo, y se dirige nuevamente a los seres y cosas para reafirmar su profesión de solitario definitivamente:

*Dejadme solo y solitario, a solas
con mi Dios solitario, en el desierto,
me buscaré en sus aguas soterrañas
recio consuelo*

Así vuelve al comienzo y se cierra el poema, permaneciendo la búsqueda sin término en esta tierra.

NOTAS

¹²"Soledad". Ensayos. Madrid Aguilar S. A. de Ediciones. 1951, T. I, pág. 691.

¹³Ibidem.

¹⁴Ibidem, pág. 692.

¹⁵François Meyer, *La ontología de Miguel de Unamuno*. Madrid, Editorial Gredos, 1962, pág. 63.

¹⁶"Soledad", *Ensayos*, T. I, págs. 692-693.

¹⁷"¡Adentro!", *Ensayos*, T. I, pág. 238.

¹⁸Ibidem, pág. 245.

¹⁹Ensayos, T. I, pág. 303.

²⁰"¡Adentro!", *Ensayos*, T. I, pág. 245-246.

²¹Ensayos, T. I, pág. 693.

²²Ensayos, T. I, pág. 829.

²³Carlos Blanco Aguinaga. *Unamu-*

no, teórico del lenguaje, México, 1954.

²⁴Ensayos, T. II, págs. 763-764.

²⁵"¡Adentro!". *Ensayos*, T. I, pág. 239.

²⁶Carlos Blanco Aguinaga. *El Unamuno contemplativo*. México, 1959.

²⁷"¡Adentro!". *Ensayos*, T. I, pág. 239.

²⁸Miguel de Unamuno. Obras completas. T. XIII, Poesía I. Afrodisio Aguado, S. A., 1962, pág. 634.

²⁹OO. CC. T. XIV, Poesía II. Afrodisio Aguado, S. A., 1963, pág. 908.

³⁰"Soledad", *Ensayos*, T. I, pág. 692.

³¹Ibidem, pág. 693.

³²C. Blanco Aguinaga, *Unamuno, teórico del lenguaje*, pág. 112.

³³OO. CC. T. XIV, pág. 686.

³⁴OO. CC. T. XIII, pág. 299.